

Eran las siete de la tarde. Había estado nevando intermitentemente desde la noche anterior, y la ciudad estaba sumida en el caos propio de un lugar no previsto para semejantes inclemencias temporales. El tráfico estaba imposible, los transportes públicos apenas funcionaban con regularidad y muchos colegios habían suspendido las clases ante la imposibilidad de que sus alumnos pudieran acudir como de costumbre. En casa de los Ramírez, en cambio, la vida seguía envuelta en una atmósfera de Adviento y fiesta. Amanda Ramírez se podía considerar una mujer afortunada que, a sus treinta años, vivía ajena a cualquier tipo de inclemencias mundanas. Su mayor preocupación en aquellos momentos era escoger entre el traje chaqueta de terciopelo azul turquesa o el vestido de satén rojo que su queridísimo y subyugado esposo le había traído de París, aunque recelaba de este último porque los García-Tornel ya se lo habían visto puesto en la cena de la semana anterior. Amanda era una bellísima diseñadora de moda que siempre destacaba por su gusto sutil y un halo de elegancia que le seguía a todas partes. Estaba felizmente casada, desde hacía dos años, con Ricardo, un ejecutivo textil a quien la fortuna sonreía por doquier.

Amanda estaba esperando que, de un momento a otro, Ricardo se presentase en su habitación con la gargantilla de brillantes que ella siempre se quedaba a contemplar en la joyería de enfrente, antes de llegar a casa. Quería comprobar que el escote de la americana fuera el preciso para lucirla con la notoriedad que una gargantilla de ese tipo se merecía, aunque la mostraría ante sus invitados con una desenfadada y frívola naturalidad.

Ricardo, en cambio, aguardaba el sms que le confirmara que su pedido estaba llegando a su destino con normalidad. Quería sorprender aún más a Amanda y, de paso, a sus invitados. La nieve le preocupaba un poco, a pesar de que en la mensajería le habían asegurado que su sistema de envío con drones era infalible. Serían de los primeros en tener un sofisticado robot mayordomo en casa.

Una realidad que por más excéntrica que resultase superaba a la ficción y a cualquier expectativa con creces.

–No hay vez que Juana no pueda estarse de ponerse mi perfume. No es que me sepa mal... – protestaba ella, con voz y modo aburguesado–. La pobre debe tener que conformarse con apenas dos pulverizaciones. Pero me molesta que huelga igual que yo.

–Cariño. Eso es del todo imposible. Para ello tendría que tener una piel tan tersa y suave como la tuya –le respondió Ricardo–. Pero no hay nada que no esté a tu alcance. Ya te he dicho mil veces que consientes demasiado a esa asistenta y al longuis de su marido. Además, me quitan intimidad.

–Son buena gente, les hace mucha falta, y son discretos y de máxima confianza. Jamás se han llevado nada de todas las cosas de valor que tenemos en casa. Hasta los céntimos de los bolsillos de tu pantalón que se cuelan en la lavadora me los deja en la mesita. ¿Tú crees que encontrarías alguien mejor?

–Espera y verás –le respondió con un tono misterioso–. Está a punto de llamar a esa puerta.

– ¿Ricardo? Espero que el cargo de veinte mil euros de la cuenta corriente no sea algo con ruedas que me regalarás a mí pero disfrutarás tú...

–No es lo que tú piensas –respondió él–. Pero no fuma, no va al servicio, no cotillea, ni tampoco pide aumentos de sueldo.

–Desconozco qué estás tramando. Solo te digo que lo único que quiero ver antes que a los invitados es mi gargantilla.

Ricardo intentaba reprimirse. Le costaba guardar secretos y más aquellos en los cuales él se sentía protagonista. Había leído maravillas sobre Quini@home No era un simple robot sirviente que se encargaba de las tareas más tediosas del hogar. También reconocía rostros, mantenía conversaciones, y era capaz de acompañar a la compra. Estaba harto de tener que acabar haciendo él

la cena cuando le apetecía comer algo más sofisticado y diferente que la tortilla de patatas, las croquetas o el pescadito frito de la Juana. También había renunciado a pedirle algo nuevo porque la última vez los callos a la gallega le sentaron como un tiro. Esa mujer sólo sabía guisar menús de camioneros y no platos livianos para gente, que como él, procuraban una dieta equilibrada.

Se decidió justo la noche anterior cuando tuvo que levantarse a por la sal de frutas después de que el ajo de las albóndigas de bacalao se le estuviera repitiendo más que los chistes malos de su suegro.

No podía dormir y, mientras su estómago y el bicarbonato lidiaban una dura batalla para eliminar los restos de la cena por el tracto digestivo, resolvió buscar por internet “sencillas recetas de comida digestiva para asistentes inútiles”. Un anuncio de una empresa puntera japonesa anunciaba las maravillas de Quini@home como la solución infalible a sus problemas. Quini, gracias al recuento calórico de sus registros de memoria, elaboraba la dieta más idónea para su dueño y bastaba con un simple mensaje telefónico para modificar eventualmente su programación. Le pareció increíble. Un robot que no chistaba, ni despotricaba e incluso no criticaba ni modificaba las decisiones de última hora de su dueño. “Mire, que le he hecho albóndigas porque este pescado así estirado a la sartén me parece muy aburrido y soso. Y luego si lo recalienta le va quedar tan seco que dirá que la Juana le ha preparado un filete de bacalao más tieso que la pierna de un *click*.”

Juana era una mujer de la antigua escuela. Lo había aprendido de su madre: “A los hombres se les conquista por el estómago.” Era limpia y muy hacendosa. Servía en cuatro casas de la manzana de los Ramírez, y su marido Manolo, como estaba en el paro, le echaba una mano limpiando las cristaleras. Malvivían con su hijo de doce años en una casa unifamiliar muy pequeña y medio destartada del extrarradio que su madre le había dejado en herencia. Juana era una mujer sencilla, muy luchadora, que rondaba los cuarenta aunque aparentaba tener unos cuantos más. No era muy inteligente pero lo compensaba con su carácter luchador y firme. Tenía una fe ciega en los vaticinios del horóscopo y en la Divina Providencia. Hija de inmigrantes andaluces, no había terminado los estudios de secundaria y después de trabajar más de quince años de peluquera se

había tenido que poner a hacer faenas cuando la despidieron de un día para el otro. A pesar de que los años veían cada vez más duros y que su hijo crecía, le quería proporcionar a toda costa los estudios que ella no había tenido. Con todo, no se consideraba una persona desgraciada, porque la salud le había respondido lo suficiente como para poder seguir trabajando en lo que se le pusiera por delante. Trabajaba hasta acabar reventada. Nunca decía que no a unas horas más aunque después tuviese que continuar con lo que le esperaba en su casa.

Aquel día Manolo y Juana regresaron más tarde de las ocho. Manolito, a quien su madre y las necesidades de la vida habían espabilado más de la cuenta para un niño de su edad, les estaba esperando con la cena en la mesa.

–Sí que habéis tardado –dijo Manolito al ver a sus padres entrar por la puerta–. Mamá, he tendido también toda la ropa.

–Muchas gracias, Manolito. Es que no iban los autobuses y papá y yo hemos tenido que volver caminando. Imagínate, llevamos hora y media –y después de sacarse el abrigo, prosiguió–. ¡Ay, cielos! Pero si está nevando... Mejor subimos a por la ropa.

Mientras, un insólito objeto volante no tripulado estaba irrumpiendo en el espacio aéreo del terrado de los Martínez-López:

–AR DRONE, MODIFICANDO TRAYECTORIA 14 GRADOS A LA DERECHA. OBSTÁCULO BLANCO EN MOVIMIENTO NO IDENTIFICADO.

El viento era intenso y mecía la ropa del tendedero. El drone procedente de Japón con un paquete destino a la vivienda de los Ramírez no pudo esquivar la sábana quedando totalmente envuelto. El drone empezó a girar sobre sí mismo a fin de zafarse de su desconocido obstáculo. Fue en vano. Arrancó la cuerda de cuajo, con la ropa amarrada. Después de dos giros completos de trescientos sesenta grados, AR-Drone se había librado exitosamente de la maraña de pinzas, cuerdas, camisas,

pantalones y algún que otro calcetín, dejando un escenario bastante dantesco con toda la ropa esparcida a su libre albedrío.

–AR DRONE, RECUPERANDO MERCANCÍA PARA ENTREGA A DESTINO. ESCANEANDO ZONA.....BEEP.....BEEP.....DETECTAD00000- emitió AR antes de asir con sus pinzas prensoras el paquete y salir volando.

Juana y Manolito no daban crédito a sus ojos. Toda la ropa yacía sucia y mojada sobre las resbaladizas baldosas del terrado. La cuerda de nylon estaba partida por la mitad y los palos estaban completamente doblados.

–¡Cielos, menudo vendaval! –exclamó Manolito mirando aquel panorama–. Lo siento, mamá.

–No pasa nada, hijo. Tú no tienes la culpa. Quién iba a imaginar estos estragos. Anda, pásame el cesto de debajo de esa sábana. Si es que está hecha trizas –le mandó su madre señalando el bulto blanco–. Lo recogemos todo y mañana ya será otro día. Por esta vez los astros se han equivocado. Mi horóscopo decía que me caería una fortuna del cielo, y ya ves.

–¡Mira, mamá! La cesta de las pinzas se ha transformado en un paquete... ¡Oh, no! Dentro de esa cesta estaba astroboy. Me lo subí para que me hiciese compañía. ¡Vaya mierda!

–¿Un paquete? –Se extrañó Juana al saber que nadie más que ellos tenía acceso a su terrado–. ¡Qué extraño! A lo mejor es un paquete bomba... Mejor llamamos a tu padre porque además tiene pinta de pesar como un muerto. Pues anda que si fuera eso...

–Mamá, vamos, si pone “made in Japan”. ¿Nos ha traído la cigüeña un muerto desde Japón? O tal vez sea lo que tú dices, un paquete bomba dejado caer desde un avión bombardero procedente de unos terroristas pero que ha tenido un fallo técnico y no ha explotado.

Manolo fue mucho más expeditivo. Se sacó, sin dudar, su navaja del bolsillo del pantalón y rajó el precinto de arriba abajo: “Quini@home, su robot mayordomo” y una fotografía del contenido se

mostraban en la tapa de la caja interior. Juana y Manolo bajaron por la angosta y empinada escalera que conducía hasta su casa la caja. Pesaba tanto y era de tan mal llevar que apenas podían con ella. Manolito radiaba de impaciencia. Un robot, eso sí que era un regalo caído del mismísimo cielo.

Desempaquetaron la caja sin recelo alguno. Juana ansiaba tanto en su alma tener una alegría para Manolito que se dejó llevar. “El horóscopo tenía razón, hijo mío. Son cosas de la Divina Providencia, seguro”. Manolito lo montó en un abrir y cerrar de ojos y accionó el interruptor del mando programable, después de haber ajustado los parámetros de la hora y el idioma. Los tres quedaron atónitos. El robot con aspecto humanoide y unos ojos luminosos muy tiernos empezó a emitir sonidos que emulaban el habla humana con apenas un tono metálico final, propio de los robots. Tenía un acabado blanco satinado y se movía con una agilidad demasiado manifiesta para ser un simple juguete.

–Buenas tardes señores de la casa, estoy a su servicio –dijo el robot.

–Por favor, ¿me lo podré quedar?

–Pues claro, hijo. No lo vamos a tirar a la basura con lo mono que es y tampoco se trata de llamar a la policía y contarles que nuestro cesto de las pinzas se ha transformado en un robot. Nos tomarían por locos de remate.

–Te llamaré Roby, ¿te gusta? –le preguntó Manolito con naturalidad.

–Lo que el señorito guste. A su servicio, Roby. Roby a su servicio.

–Llámame Manolito, y esta es mi madre, Juana y mi padre, Manolo. Esta será tu casa. ¡Vamos a jugar!

–De acuerdo –dijo moviendo sus ojos de derecha e izquierda– señorito Manolito.

–¡Qué gracioso es!, ¿no crees, Juana?

–Graciosísimo. Te lo has ganado, hijo. Todo tuyo.

Mientras, en casa de los Ramírez, Amanda se estaba poniendo muy nerviosa y Ricardo intentaba, sin éxito alguno, calmarla. “Ya verás, está a punto de llegar. Han dicho que me confirmaran con un *wasap* que el drone portador de tu regalo está llegando justo tras esa puerta. Como no puede llamar al timbre...”

Segundos después un silbato apaciguaba la angustia de Ricardo.

Abrió la puerta.

Un cesto de mimbre que parecía contener un paño blanco descansaba encima del felpudo. Amanda empezó a rebuscar en su interior para extraer un paquete menor que contuviese su gargantilla. En el fondo de la cesta palpó algo y lo extrajo inmediatamente.

Era un juguete viejo, una especie de camión transformable en robot. Clavó a Ricardo una mirada asesina. Ricardo estaba pasmado. Se agachó para intentar hallar alguna cosa más esclarecedora en el interior del cesto de mimbre. Sólo encontró tres pinzas de tender la ropa. Una de ellas, rota.

–Seguro que hay una explicación razonable, debe ser un error –dijo él.

–No antes de cruzar la calle, rogar al joyero que te abra la puerta si ha cerrado y te venda esa gargantilla –gritó ella hecha una energúmena–. Los invitados están al llegar. Más te vale no volver con otra cosa.

Ricardo no obtuvo ninguna respuesta satisfactoria. La mensajería de drones le aseguraba que su androide le había entregado la mercancía sin incidencias. La empresa japonesa se desentendía de las responsabilidades del transporte. Los unos por los otros, la casa por barrer y el misterio del robot mayordomo desaparecido por resolver. El joyero, además de engrosar sus beneficios, se convirtió en un héroe salvador de un matrimonio. Ricardo no osó emitir comentario alguno sobre el caso del robot en los días posteriores y su abogado acabó llegando a la desgraciada conclusión de que no se

podría sacar el agua clara de aquel asunto. Amanda, tras la crisis existencial de aquel día, se acabó olvidando del tema al ver que los beneficios de la empresa de Ricardo reponían el dispendio del timo de los veinte mil euros.

La mañana siguiente de que Roby llevase un día en la casa de los Martínez-López jugando con Manolito, Juana se encontró con el desayuno preparado, la ropa planchada, la lavadora en marcha, los cristales de las ventanas limpios, el suelo fregado y una sugerencia sobre la lista de la compra ajustada a un modesto presupuesto.

–Juana, Roby necesita un libro de recetas.

–¡Dios, mío! Si no lo veo no lo creo. Roby, menudo pedazo de sol estás hecho.

–Roby siente contradecirla. Roby está hecho de carburo de titanio.

Juana se limitó a devolverle una dulce sonrisa que Roby tal vez no supo interpretar. Luego le explicó por encima los guisos que ella solía hacer y Roby lo guardó debidamente en su memoria. Esa noche cuando volvió a casa, cenaron cocido y croquetas de jamón. Manolito había hecho todos los deberes con la ayuda de Roby y después le había enseñado a bailar al estilo robot.

–Mira Roby, primero tienes que flexionar el brazo derecho, manteniendo quietas las articulaciones del hombro y la muñeca, y además tienes que tener el resto del cuerpo totalmente quieto –le explicaba Manolito, mientras iba ejecutando los movimientos–. Luego, para dar efecto mecánico hay que parar el cuerpo en seco mientras te estás moviendo para seguir después.

–¿Así? –le preguntó Roby–. Muy fácil. Misión cumplida.

–Para ti claro, porque eres un robot. Ahora los dos a la vez. Este año nos presentaremos al concurso de final de curso y arrasaremos.

–Eso sí que no, hijo mío. Debes tener presente que Roby no puede salir a la calle. Llamaría mucho la atención. Y esos alienígenas de Marte que se lo olvidaron en el terrado de casa lo verían y vete a saber si además de abducirle a él, se te llevan a ti con su nave.

–¿Estás segura? –quiso saber Manolito.

–Por supuesto que sí. Cuando Roby apareció en el terrado de casa, Marte estaba en Géminis. Así que eso quiere decir que vino del aire procedente de ese planeta. Y si no fueron unos extraterrestres, aún peor. Porque entonces se trata de investigadores de la NASA que andan haciendo no sé qué en Marte y de camino pararon al terrado a repostar y se les olvidó Roby.

–Buscan agua, mamá.

–Pues arriba no hay grifos.

–En Marte –y después de mirar a Roby con cara de afligido–. Bueno, no importa. Nos divertiremos en casa.

–Mis circuitos positrónicos detectan cierta tristeza. ¿Cosquillas?

Pero Roby no solo aceptaba las órdenes que era capaz de comprender, también emitía juicios de valor, aunque un poco simples y se preocupaba por el bienestar de sus dueños. “Si Roby necesita cargar baterías, Juana, tú necesitas dormir y descansar más. Roby puede ayudarte en tu trabajo y tú tendrás tiempo de pintarte mejor el cabello. Los pelos de la escoba de casa están mejor que tu melena”. Y así fue como Juana y Manolo empezaron a llevarse a Roby camuflado dentro de un carrito de la compra para que les echase una mano. Mientras Juana limpiaba la casa de los Ramírez con la ayuda de Roby, Manolo iba a la de los García-Tornel y no solo acababan antes sino que también pudieron doblar la cantidad de viviendas donde prestar sus servicios.

Roby era un robot muy rápido y eficaz. Copiaba a la perfección los gestos de Juana, incluso la pulverización del perfume de Amanda sobre su cuerpo, sin juzgar mucho la utilidad de ello. “A la

señorita Amanda le gusta el aroma de Chanel 5 en su dormitorio” decía cada vez que lo esparcía por el cuarto. Los Martínez regresaban antes a casa, podían pasar más rato con su hijo y además sus ingresos, aunque modestos, se triplicaron. Juana no parecía tan abatida y Manolo estaba encantado con los cambios. Ya no se consideraba un parado. Incluso se aventuró a bautizar extraoficialmente su empresa: “Limpiautomator-Services”.

–Tal vez pudiéramos darnos el alta como autónomos –le sugería a Juana mientras movía la torre hacia la derecha–. Jaque, Roby. Esto es Jaque.

–Pero no mate, señ... Manolo, disculpa, Manolo a secas. Roby mueve su reina. Detecto cierta bravuconería. La probabilidad de que me ganes en esta partida es de 0.47%.

A quien no le iba tan bien como él quisiera era a Ricardo, que seguía obsesionado con la idea de adquirir un robot mayordomo para su casa. Era la viva imagen de un ejecutivo cerebral. Trabajaba más que nunca para expansionar la empresa, viajaba al extranjero y estaba obsesionado con la efectividad. Últimamente apenas acudía al gimnasio, estaba la mayor parte del tiempo absorto en sus asuntos y se presionaba cada vez más por incrementar los rendimientos, bajar los márgenes...

Amanda, más preocupada por conseguir todos sus caprichos y vivir de acuerdo con su posición que por la salud de Ricardo, veía natural que éste pasara la mayor parte de su tiempo trabajando. Ese era el precio de ser la esposa de un alto ejecutivo. No obstante, Ricardo había tomado una decisión: siguiendo las recomendaciones de su médico, si por fin conseguía zanjar un asunto que se traía entre manos, a la vuelta de Alemania bajaría un tanto el ritmo. Padecía insomnio y la úlcera gastrointestinal le torturaba cada vez más. Aunque él seguía achacándola a los guisos de Juana.

–Juana, descuelgue el cuadro de mi habitación. El que está encima de la cabecera de la cama. Ese de la raspa de pescado y el trapo, ¿sabe a cuál me refiero? –le preguntó al otro lado del teléfono.

–Sí, señor. Así, que lo va a vender –le respondió mientras lo contemplaba con una mueca–. A mí nunca me gustó. Parece una paellera guarra aún por fregar.

–Bien, es ese. ¿Sería tan amable de envolverlo con papel de burbuja y empaquetarlo escribiendo una dirección que ahora le indicaré? Vendrá un mensajero a buscarlo sobre las cuatro de la tarde. Solo entrégueselo si se acredita debidamente. Son de Segur Express, y que le den un albarán. ¿De acuerdo?

Juana, que estaba liada con la plancha, delegó a Roby la tarea. Roby descolgó el cuadro con cuidado. Limpió el marco. Arrancó la raspa de pescado y el trapo manchado que estaba pegado al lienzo con KH7. E incluso pulverizó el desconchado con pintura para que la paella quedase totalmente reluciente y se atrevió a dibujar encima unas cuantas cigalas. “Así, más bonito”. Pero justo cuando lo iba a envolver llamaron al timbre de la puerta.

–Debe ser Manolo, que viene a por ti. Ábrele, por favor, Roby.

Roby abrió la puerta.

No era Manolo.

Un hombre le observaba atónito.

Ese hombre era Ricardo.

Había encontrado una vacante en el vuelto de las dos y prefirió hacer él en persona la entrega del cuadro. Era un Tapias e iba a sacar unos cien mil euros. Bajo el brazo traía una réplica que le había hecho un maestro copiadador de cuadros en Berlín. Amanda apenas apreciaría el cambio y él así dispondría de un efectivo para gastar en extravagancias, a su libre antojo, sin tener que dar ningún tipo de explicaciones.

–¿Ah? ¿Mensajero? Se ha adelantado. Son las dos y media. Identifíquese.

–Soy Ricardo –le contestó haciendo un gesto para entrar. Roby le barró el paso–. ¡Juana! –gritó.

Juana reconoció la voz de Ricardo y se dirigió hacia la puerta pensando que éste la requería para entrar algún que otro paquete.

–Se ha adelantado, señor –y mirando a Roby–. Déjale pasar. Es el dueño de esta casa, Roby. ¿Ha tenido buen viaje?

–He venido a por el cuadro. Es importante y prefiero encargarme yo mismo.

–¡Oh! El cuadro... Roby lo ha dejado listo. Misión cumplida, señor.

–¿Roby? ¿De dónde han sacado este androide?

–Roby es amigo robot de Manolo, Manolito y Juana. Roby llegó de Marte en una misión de la NASA.

–Ya...–e inquiriendo a Juana una explicación más satisfactoria–. ¿Qué patrañas son esas, Juana?

–Son patrañas y no lo son –dijo Juana con una flema arrebatadora–. Viniendo de un robot es imposible que sean mentiras. Los robots no mienten, señor.

–Pues ya me explicará cómo su marido y usted contactaron con la NASA, ¿o prefiere que llame a la policía?

En ese preciso instante apareció Roby con el cuadro “restaurado”. Juana se habría atrevido a afirmar que se le veía orgulloso, algo impropio para un robot.

–¿Y esto? –preguntó Ricardo furibundo.

–Su cuadro, señor Ricardo dueño de la casa.

–Debe ser una broma pesada, ¿no? ¿Y el trapo? ¿Y estas cigalas? –dijo Ricardo cuyo rostro había enrojecido.

–¿Al señor Ricardo le gustan los trapos sucios? –contestó Roby extrañado.

–¡Pues sí! Me encantan los trapos sucios como el de ese cuadro –replicó mientras escrutaba a Roby de arriba abajo. Era idéntico al modelo extraviado del Japón. Incluso reconoció la R (de Ricardo) que él había ordenado grabar en la pajarita. Volvió a mirar el cuadro y a Juana, que le sonreía cortésmente, con las manos asidas a la cintura. Desenvolvió la copia. La comparó con el cuadro que Roby sostenía y sintió un ahogo súbito.

Ricardo cayó desplomado al suelo. Todo el cuerpo empezó a temblarle. Se llevó la mano al pecho. Apenas pudo articular palabra alguna.

Juana, imperturbable, le tomó el pulso y se percató de la situación. “No hay remedio, Roby. Le ha dado un jamacuco del disgusto y la ha palmado”.

Acabaron de recoger la casa. Luego colgaron el cuadro que Ricardo llevaba bajo el brazo con el mayor aplomo del mundo.

–Este tan bonito, lo colgaremos en el salón de casa. No te preocupes, Roby. No ha sido culpa tuya. Has cumplido con tu misión. Ahora tú te vas con Manolo para casa, que en cuanto llegue la ambulancia yo me reuniré con vosotros. ¿Te parece que cenemos paella? –Volvió a mirarse a Ricardo yaciendo en el suelo–. Era un tipo raro. Sólo a los ricos como él podrían gustarle los trapos sucios.